





PROFETAS
DEL FUEGO



JUAN IGNACIO IRIBARNE

PROFETAS DEL FUEGO

-Nubilum 4-



Argentina - Colombia - Chile - España
Estados Unidos - México - Perú - Uruguay - Venezuela

Iribarne, Juan Ignacio
Profetas del fuego : Nubilum 4. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Ediciones Urano, 2015.
412 p. ; 21x14 cm. - (Nubilum)
ISBN 978-950-788-195-4
1. Narrativa Juvenil Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863.928 3

Edición: Anabel Jurado
Diseño: Marcelo Torres
Ilustración de portada: Daniel Rodriguez

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2014 by *Juan Ignacio Iribarne*
© 2014 by EDICIONES URANO S.A. - Argentina
Paracas 59 - C1275AFA – Ciudad de Buenos Aires
info@edicionesurano.com.ar
www.edicionesurano.com.ar

1ª edición

ISBN 978-950-788-195-4
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por PRINTING BOOKS S.A.
Mario Bravo 835, Avellaneda – Buenos Aires – Argentina
Abril 2015

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Para Ale. Por todo este tiempo juntos, en donde no ha dejado de apoyarme y acompañarme, tolerando mis horas sumergido en el mundo de Nubilum. Asimismo por su creación del medallón de Lekhim, el cual dio su impronta a todas las tapas de los libros, convirtiéndose en símbolo distintivo de la saga.

Y para toda esa inmensidad de familiares, amigos y colegas que, de un modo u otro, me han acompañado todos estos años, interesados por mis avances, entusiasmándose con mis progresos y animándome a seguir.



*Abren sus ojos, contemplan,
¿sospecharán, acaso, el sino venidero?
Fragil criatura, entre tumbas,
frágil, y aun así única.*

*Esperanza del dulce pendular.
Anhelo, teñido de aflicción.
¿Es consciente de su destino?
Sus ojos duermen de nuevo.*

*Marcho en la noche,
huérfana de padres y hermanos.
Me arrastro al mundo,
llorando al silencio que me pertenece.
Busco sin descanso,
esa flor que me haga única.*

(Cántico de la Sélibe de procedencia desconocida.)





El hombre se tumbó exhausto contra un árbol. El sudor le chorreaba a mares del rostro, escociéndole en los ojos. Con la mano derecha ejercía una presa sobre sus costillas, cambiando la presión entre un punto y otro cuando la sangre volvía a manar. Se esforzó por ganar una posición cómoda en la corteza, aturdido por los piafares de caballos y las órdenes de los soldados. El ritmo agobiante de sus ideas había cesado. El aire estaba viciado por el polvo. Oía a sangre. Cerró los ojos e intentó pensar.

Otra riada de soldados pasó corriendo cerca. Las botas chapotearon en el barro, salpicándolo, y se alejaron en la noche. Era difícil tomar una decisión en medio de aquel caos. Las imágenes de la batalla seguían allí, como manchas en la conciencia. Un arco apuntado hacia su lugarteniente, la flecha volando certera hacia el objetivo, la frialdad del elfo para cargar la siguiente... No tenían contemplación por las vidas humanas. No la tendrían nunca.

Pensar; pensar, se amonestó con los dientes apretados. Un agudo dolor lo obligó a doblarse. Se mordió la lengua para no gritar; no fuese a ocurrir que los soldados le creyeran débil en aquel momento. El respeto que le profesaban se había quebrado con los últimos acontecimientos. Ellos no lo entendían; habían nacido para la batalla, veneraban el poder de las armas. Ver caer a tantos de sus compañeros había sido un duro golpe. Jamás comprenderían que aquello justificaba todas sus muertes. Pero Lars lo haría. Cuando le mostrase lo que atesoraba en su saco, su viejo amigo abriría los ojos, incrédulo.

—¡Mi señor, debemos ocultarnos! —Las palabras pertenecían a un soldado joven, y sonaban a súplica.

Levantó la cabeza y oteó el camino recién surcado.

—¿Hay más? —consultó intranquilo.

El soldado disimuló un gesto de desprecio.

—No creo que haya forma de saberlo.

Tenía razón. Por mucho que sangrara la herida, no podía tentar a la suerte. Los elfos parecían sombras en aquellos bosques. Se movían sin hacer el menor ruido; cargaban desde la nada. Sus flechas eran latigazos de muerte.

Le ayudaron a incorporarse y crujió los dientes para tapan el dolor. Era como tener una hoja de fuego en las costillas, aunque le aseguraban que ya no tenía el hierro alojado. Había que cauterizar. Algo, de momento, imposible.

Se unieron a la comitiva que huía por entre los árboles que largaban destellos de plata bajo el sol. Haciendo el menor ruido posible, aunque sin dejar de trotar. La retaguardia compuesta de arqueros no dejaba de escudriñar las copas de los robles. El vuelo de un gavilán los alertaba, disparando la orden que ponía a todo el mundo en cuclillas, con la respiración contenida.

Cada tanto oteaba la venda que le había provisto uno de los médicos del escuadrón. La mancha oscura iba extendiéndose. *¡Oh, santo Nobak! No dejes que muera. No todavía.*

Al cabo de un rato se acercó hasta el oficial.

—Necesito detener esto —le enseñó.

El individuo permaneció unos instantes pensativo, recorriendo el entorno.

—Alcancemos el arroyo. Allí podremos hacer una breve pausa y echarle un vistazo a esa herida.

No era suficiente, pero cuanto menos le proveería de unos momentos para meditar.

El médico era un hombre maduro, de sienes blancas, que hablaba lo estrictamente necesario. Todo cuanto hizo más tarde al revisar la herida fue menear la cabeza.

—No podemos encender un fuego en tanto sigamos en los bosques. Te reforzaré el vendaje de momento. Mantén la presión y aguanta.

Apenas le escuchó. Su cabeza estaba proyectada hacia el futuro. Y quizás su mano izquierda podía intentarlo, pero la derecha no se movía del saquillo donde guardaba el tesoro. El fin de la guerra se avisaba al horizonte. No debía perder el norte. *¡Oh gran Nobak! No lo permitas por favor...*

Por la noche los árboles comenzaron a ralear. Se reanimaron los ánimos y los soldados parecían haber perdido su antipatía. El último contacto con los elfos había sido al mediodía, por lo que algunos se atrevían a arriesgar que habían puesto fin a la persecución.

Era probable, razonó satisfecho. A fin de cuentas habían picado el cebo. El médico calentó un hierro en la hoguera y, luego de hacerle ingerir una buena cantidad de alcohol, se lo aplicó sobre el orificio. El mundo se nubló antes de que pudiese gritar.

Lo despertó una voz sosegada cuando el cielo comenzaba a clarear. Había dormido demasiado. El rosado fulgor que contorneaba los árboles parecía una promesa de tiempos mejores. Los aromas puros de la naturaleza se impregnaron en él con fuerza, revitalizándolo.

—¿Estamos a salvo? —fue lo primero que atinó a preguntar.

El soldado alzó levemente la vista, sin decantarse por una respuesta.

—El capitán Sadarok desea verlo —eludió el interrogante—. Se trata del prisionero.

La mención del cautivo fue como un baldazo de agua helada. Se incorporó tan rápido que el dolor lo fustigó y gimió. Doblado con las manos en el vientre contempló la ennegrecida cicatriz; una marca que lo acompañaría de por vida, recordándole la advertencia de los elfos. El soldado le tendió la mano para ayudarlo.

El campamento estaba precariamente levantado en un claro donde los robles dejaban terreno a unos castaños de hojas rojas como el sol naciente. Los soldados recuperaban las fuerzas en corros aislados bajo los árboles. Hablaban entre sí, conjeturando sobre el futuro. El guía se volvió incómodo.

—Algunos se preguntan si, una vez en los barcos, costearemos el hemisferio sur directo al reino, o si nos espera algún otro destino.

Sonrió, volviendo a apoyar la mano sobre el saquillo cosido en el interior de su camisa.

—En este momento no hay nada que desee más que pisar las calles de Hedalónidas.

Notó el alivio en el joven soldado. Había pasado demasiado tiempo ya. Los humanos no estaban acostumbrados a navegar más allá de la Bahía de Kyris Tilas. El anhelo del regreso se reflejaba en cada uno de los rostros, como el sueño de algo que, con el correr de los días, se va temiendo más lejano. Una vez en la gran urbe se lo agradecerían. Aquello marcaría una arista en la historia de visibles dimensiones. Ellos serían cubiertos de gloria. Él sería un héroe.

La tienda del capitán estaba en el corazón del campamento. Era la más amplia, y la única colorida. Sadarok le había dicho que los soldados debían poder identificarla en caso de apuro. Creció su ansiedad. En sus manos tenía la llave, pero solo una persona podía explicarle cómo girarla. Esa persona aguardaba en el interior. Abrió el saquillo para espiar el fragmento que se iluminaba con brillo propio.

La mano del capitán, salida de la nada, se cerró sobre su muñeca.

—Te dije que mantuvieras eso lejos de mis hombres.

Ocultó el fragmento con parsimonia, levantando la vista hacia aquel hombre de rasgos recios. Debía admitir que le impresionaba cómo aquellos hombres, que podían cargar en primera línea de batalla sin titubear, reuhían ese poder como niños asustados. *No lo entendían, recapacitó. La ignorancia es el temor más grande de todos los hombres.*

Sadarok le hizo señas para que le siguiese a la tienda.

—¿Ha hablado? —le consultó él en susurros sin perderle pisada.

—Está asustado —negó aquel—. No suelta la lengua.

—Quizás debiéramos cortársela —sugirió uno de los sargentos, que caminaba a su lado.

Reparando en el nuevo interlocutor, le asestó una mirada asesina.

—¿No te ha bastado con acuchillar a su tutor? —El recuerdo lo llenaba de odio. El alarido descorazonado del pequeño elfo todavía lo conmovía—. Os dije que necesitaba a uno con vida.

—Y así se ha cumplido —intervino el capitán—. Tienes al niño, ¿no es así?

—Cierto —señaló, aunque agregó en tono mordaz—. Un niño que no habla.

—Lo haremos hablar, Morgan —Sadarok adoptó una mueca que no fue capaz de descifrar—. Eso no es un problema para nosotros.

—Necesitaba a un adulto —insistió.

—Sigue siendo un maldito elfo, ¿no es así?

La escolta mantuvo la vista al frente, disimulando. Sadarok señaló el saquillo que con tanto esmero protegía.

—Lleva en la sangre lo que tú llevas en ese envoltorio. No se trata de experiencia —bajó el tono—. Es instinto.

Cubrió la bolsa con las manos, como si el hecho de que alguien delatara su contenido la pusiera en peligro. Quienes se hallaban cerca, retrocedieron.

—El Cristal por sí solo no es una amenaza —les advirtió. Le irritaba tener que andarse con el mismo cuidado que si transportara una culebra.

—No tiene pruebas. No sabemos nada de su naturaleza.

—¿Por quién me tomas, Sadarok? He estudiado lo suficiente de sus ritos y costumbres. Soy el hombre más instruido de Hedalónidas en cuanto a las razas de Nubilum.

—Eso no lo convierte en un erudito, Morgan. No es lo mismo estudiar el vino que beberlo.

—Más tarde o más temprano —se le acercó desafiante—, todos beberéis vino a mi salud.

Y sin más encaró hacia la tienda, dejando a la escolta tiesa. Sadarok en persona le corrió la tela, ansioso por perderlo de vista.

Sentado con las piernas recogidas, aguardaba el pequeño elfo de cabellos oscuros y ojos tan azules como el cristal que atesoraba. Llevaba la expresión de una liebre a la que acaban de errarle la diana. La brutalidad con que los hombres habían degollado a su tutor seguía indeleble en sus pupilas. Optó por adoptar un gesto sereno mientras andaba en su dirección. El niño reculó.

—No temáis, pequeño —le habló en su propio idioma. Su sorpresa le provocó satisfacción—. No soy como esos otros —le aseguró. El niño intentó moverse más rápido pero las manos atadas se lo impedían.

Morgan enseñó sus propias manos, vacías.

—¿Lo ves? No escondo nada. Solo pretendo conversar —volvió a sonreír, brevemente. Pero arrugó el gesto al voltear hacia la entrada—. Estos brutos que asesinaron a tu maestro no actuaban bajo mis órdenes. Hay diferentes tipos de humanos. Por un lado puedes encontrar aquellos que utilizan sus músculos para desenvolverse en la vida. La sangre y la

violencia son los amos de sus actos —dejó escapar un suspiro resignado—. Luego estamos nosotros, que seguimos otro tipo de patrones, a las órdenes de nuestra mente —El pequeño elfo estrechó los ojos, como si no entendiera sus palabras—. Razonamos —se explicó—. En mi reino soy un gran estudioso. Entre otras cosas, investigo a las razas que han poblado el mundo desde sus inicios. Desde pequeño, mi mayor anhelo ha sido conocer a los habitantes originarios. Es la motivación que guió mis acciones hasta el día de hoy. No puedes abarcar el placer que ha sido para mí pasear por las exuberantes calles de Indra Elhenil.

—Dijeron que veníais en paz —articuló inesperadamente el jovencito. El hombre se entusiasmó al oír sus primeras palabras. Las siguientes, en cambio, no fueron tan alentadoras. —Habéis traído el rostro de Nebulsa bajo vuestras máscaras.

Se tomó unos instantes para recuperarse del agravio. Si aquello se frustraba, solicitaría a Lars Kollus la inmediata flagelación de Sadarok. *¿Cómo había sido tan estúpido?!*

—Pido disculpas una vez más por el accionar de los soldados —escogió las palabras cuidadosamente—. Las milicias no son de fiar. Pero puedes confiar en mí —le aseguró—. Nadie te lastimará mientras estés a mi cargo.

El joven elfo se horrorizó al verle extraer de sus ropas un puñal. Las palabras arcanas intentaron acudir a su boca mientras él procedía con cautela, confiando en que las manos atadas le impidieran alcanzar la magia. Entonces, con un simple movimiento, cortó las cuerdas que lo sujetaban.

El corazón le latía con fuerza. Era el momento crucial. Si no ganaba su confianza entonces, ya no lo conseguiría. El elfo se miró las muñecas libres con extrañeza; demasiado maravilloso para creerlo.

—¿Lo ves? —se forzó a decir; la voz estrangulada—. No pienso engañarte. Como erudito que soy, solo ansío conocimientos. Te mantendré a mi lado y juntos debatiremos sobre nuestras culturas. Me hablarás de ti, de tus costumbres, de tu historia. Pasearemos, dialogaremos. Y una vez me sienta satisfecho, te dejaré ir, de regreso a tu hogar. ¿Es un trato justo?

El niño no le respondió.

—Soy Jeenas Morgan —lo intentó de nuevo—. Pertenezco a una estirpe que se remonta a los primeros humanos. Mi antepasado, Herald Morgan, fue uno de los constructores de la gran ciudad de Hedalónidas.

—Aquello no provocó ninguna reacción en el jovencito—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

El pequeño elfo miraba su mano como si buscara a dónde había ido a parar el brutal acero. Al cabo pestañeó, distendiendo los músculos.

—Provengo de la rama Gir del nuevo linaje de los *shiderins*. Me llamo Minhaz.

Jeenas sonrió.

—¿Lo ves? No hay por qué temer. Nos llevaremos muy bien, Minhaz Gir. Ya verás cómo, con el tiempo, cambiarás tu opinión sobre los humanos.



Primera parte
El Jad'harán







El Extremo Helado se apreciaba en toda su dimensión desde el acantilado. La luz del sol, extendida sobre su superficie como una enorme ave refrescándose en medio del mar, iba variando sus colores; primero blanco, luego plateado, más tarde rosa, hasta formar una losa celeste que era engullida en el manto nocturno. Se decía que solo los dragones habían pisado alguna vez sus páramos de hielo interminable. Las leyendas inagotables eran a veces disparatadas, como esos locos que afirmaban la existencia de criaturas de hielo merodeando sus colinas blancas. A fin de cuentas, ¿quién podía negar, con cierto grado de credibilidad, los abundantes rumores? Aquellos hielos flotantes desalentaban lo suficiente al marino como para arriesgarse a cruzar y verificarlo.

Los lugareños le apodaban *Mar Impenetrable*. Y no solo por los témpanos que rasgaban su superficie cerca del coloso blanco, sino también por esos remolinos, más próximos, que volvían todo intento de navegarlo un esfuerzo inútil. El único mérito de quienes habían probado costear la bahía, había sido regresar con vida tras el naufragio.

Al parecer, cuando Amber llegó a aquel sitio por primera vez, tenía en mente un tercer punto de comunicación –en este caso por mar– con el resto de las civilizaciones. El Rey Glorioso no era tonto; su decisión de cercar el reino obedecía a fines defensivos, no a un total aislamiento. Mas los innumerables resultados funestos acabaron por vencer su paciencia y la ciudad perdió su valor original.

El caso es que esa única lengua del Mar de Havin que bañaba las costas meridionales de Andurien era prácticamente innavegable. El Extremo Helado, del que tantas leyendas se oyeran mencionar, permanecía

distante, enigmático, y a su vez brillante... Adjetivos que definían a la perfección a aquel que lo contemplaba.

El arcángel tomó valor y se sustrajo de la arrebatadora visión. La cueva seguía allí, inmutable, recordándole que todas sus distracciones solo mantenían a raya a los fantasmas. Espectros de secretos demasiado tiempo ocultos; ánimas de acciones impostergables. Un halo de misterio fluctuaba frente a él, entre las penumbras del arco. Era más bien una sensación, dado que él más que ninguno conocía el efecto de esa magia que había alzado para proteger la cueva. Decidió avanzar y cruzó el vano tiznándose la túnica de oscuridad. Su única arma, esa luz rebelde que exhalaban sus dedos para desmalezar las penumbras. El eco de sus pasos se le adelantó por los pasillos mohosos.

Dukail se había consagrado a su tarea con tesón. Según el cantar de las Sélibes, criaturas del saber eterno, provenía de la misma sangre de *Jedavel*. Ligado al servicio de los dárdamas al mismo instante de nacer, para seguir los caminos impuestos por estos sin cuestionamientos. Dobló por un recodo, donde el túnel se hacía más angosto.

Pero aun así, el pecado era irremediable. A merced de los vaivenes del equilibrio, el error acechaba siempre cerca. Un pequeño traspíe hacía que uno se encontrase en aquel sitio, como un penitente hacia el cadalso; la mirada al suelo, los hombros vencidos. El techo estaba cada vez más cerca y esa carga física se sumó a la otra, la que arrastraba desde su «desliz», como denominaban mordazmente sus hermanos aquella falta. El cansancio tironeaba de sus pies. Padecía innumbrables tormentos. Esa era su condena: vagar como un lekhim, perdiendo sus alas, dejando atrás la parte más preciada de su magia.

El conducto se abrió a una inmensa gruta, donde una ola de frío sopló entre sus ropas atenzándole el alma. Las estalactitas caían formando columnas naturales que se unían al suelo, junto a unos pequeños charcos. En medio de la cueva, una plataforma en forma de trono se erigía como si el propio mundo lo hubiese moldeado. Y allí se encontraba él. Las llamas apenas perfilaban el rostro de nariz aguileña. Dukail se preguntó, como otras tantas veces, cuál era el sentido de aquel fuego. ¿Sentía frío? ¿O simplemente gustaba de representar el papel de un simple mortal? La voz lo sacó de cualquier elucubración.

—Se nos agota el tiempo, lekhim.

No había siquiera movido el rostro para buscarle. Simplemente permanecía con las manos a la altura de la cintura, con la imperturbabilidad del tiempo. Sus ropas descuidadas le colgaban a jirones de brazos y rodillas. Nada en su figura delataba su condición. Al pasar un rato sin que le respondiera, volvió al ataque:

—¿Lo sabe? ¿O todavía tejes juegos de azar con la verdad? —Dukail aguardó estoico, el mentón al frente; cosa que no satisfizo a su interlocutor—. Te lo diré más claro: ¿es consciente de que ha de cruzar el Límite y enfrentarse al mundo?

Dukail alzó la vista con la lentitud de una momia viviente. El marcado desprecio con que aquel le trataba lo humillaba dolorosamente. No obstante, cuando habló, procuró hacerlo con vigor.

—No es la primera vez que lo digo, y volveré a hacerlo cuantas veces más sea necesario. Sus corazones son frágiles. No puedo apabullarlos con la verdad, para cargarlos de responsabilidades un instante después. No puedo hacer eso sin quebrarlos. Necesitan tiempo para asimilar.

La figura en la penumbra le midió primero, meditó luego, y gruñó después. Un siseo prolongado que zigzagueó por las grietas del suelo para restallar en la figura que aguardaba de pie.

—Perdiste a Modor en tu afán de planear todo meticulosamente —el lekhim se aclaró la garganta, pero aquel se le anticipó—. *No les quites los ojos de encima.* Es todo lo que te ordené. Los dejaste en compañía de aquel... monje. Hoy, Drael Modor, se mueve bajo la tutela de Minhaz Gir. Nos has desilusionado, lekhim.

El arcángel respiraba con dificultad. Otra vez la carga del mortal. Tomó aire como quien se dispone a explicar una vez más lo que ha aclarado en demasía.

—Tuve mis razones para actuar de esa forma.

La persona sentada en la roca pareció tragarse un insulto.

—¿Tuviste tus razones para entregar a Modor?

El arcángel hizo una pausa para mojarse los labios.

—Moví las piezas en la oscuridad. Sin el canto de las Sélibes no es mucho lo que podemos prever. Y aquella que me acompaña nos conduce a menudo a callejones sin salida.

—Por eso exigí tu tutela constante —masculló el ser. Dukail continuó erguido, intentando que su desprecio no lo doblegara.

—Creí que existía una chance de mantener al Oscuro fuera de este reino —se justificó—. Si lo evitábamos... quizás de ese modo...

El ser rasgó la piedra.

—¡No existe otro modo! —La cueva pareció temblar bajo su vehemencia. El lekhim se arrebujó como si lo hubiese embestido—. ¿Es tan difícil de entender, Dukail? Así fue vaticinado, y así será —Recuperada la calma, volvió a apoyar la espalda sobre el respaldo natural. Sus dedos tamborilearon el apoyabrazos mientras meditaba ensimismado y meneaba la cabeza—. Que Ghalas Mildir abandone el reino —decretó al fin—. Quizás Nubilum no sea un lugar seguro, pero Andurien, hoy por hoy, lo es menos.

El arcángel asumió que había perdido esa batalla. Tenía razón. Por más que pataleara, los Alka'hadris lo buscarían en el reino. Más tarde o más temprano, hallarían el escondite, y entonces todo estaría perdido. Inspiró pesarosamente.

—¿El destino que habíamos pactado? —consultó, como un último intento de que lo reconsiderara.

El ser lo midió.

—¿Crees que no está preparado?

—Solo digo que es peligroso.

Una mueca ladina se marcó con sombras en el rostro de su interlocutor.

—¿Peligroso para él... o peligroso para ti?

El arcángel se sorprendió de ver el vello de su cuerpo erizado. Esa señal, delatora de sus temores, era lo que más odiaba de su nueva apariencia. Ocultó las manos bajo la tela e hizo una reverencia.

—Los reuniré inmediatamente.

Mientras arrastraba los pies de regreso a la salida, repasó en su cabeza las implicancias de esa nueva jugada. Habría de tener una larga charla con Mildir. Prepararlo. La luz había menguado cuando pasó de nuevo junto a la abertura, lo que sumado a sus preocupaciones hizo que pasara por alto a aquel que se acurrucaba en una oquedad.

El joven esperó a que tomara la suficiente distancia y entonces salió a descubierto rascándose la barbilla. ¿Con quién había estado conversando?, se preguntó. Un postrero intento de sumergirse en la cueva topó otra vez con esa barrera invisible. Al cabo, Búrnadin recogió sus cosas y volvió al campamento.

Eriam deambulaba por las calles de Gediab con el mismo pulso que imprimiría a sus pasos un titiritero. Daba zancadas bruscas, torcía en las esquinas con ligereza, no miraba a los lados. Y quizás la comparación con el titiritero no fuese del todo casual, dado que su cabeza era un revuelto de sospechas que bloqueaban cualquier orden cerebral y lo empujaban a un destino prefijado. Al oír el chapotear del agua contra los muelles, arrastrando en su ir y venir restos de madera y peces, aminoró la marcha. Los zuecos se le hundieron hasta los tobillos en el barro.

El aire marino le colmó los pulmones, remarcando las gigantescas diferencias que existían entre Corella y Gediab. Poco honor hacían las hediondas calles de construcciones vencidas y letreros destartalados a la majestuosidad que los humanos habían levantado allá en el norte. El gris y el marrón como colores predominantes; los rincones bullendo de malhechores que obligaban a andar alerta. Extrañaba el colorido de la gran ciudad. Incluso el abrazo que ofrecían sus murallas, al cual ya se había acostumbrado. Uno se sentía más seguro en Corella.

Tembló al darse cuenta de lo que había pensado.

No habían llegado más cartas. Las últimas novedades provenientes del norte hablaban de que Hügge había sido coronado tras la victoria, y que el mismo día había tenido lugar una boda. La afortunada pareja estaba constituida por el príncipe Salliar y la desheredada princesa Aireen, quedando de esta forma establecida la nueva dinastía. Se habían decretado dos intervalos de mercado festivos y el pueblo se anunciaba alegre. Una simple puesta en escena. Por todos era sabido que quien ahora dirigía al reino era Lord Vodeghan, flamante campeón en la Batalla de Corella. Lo que pocos conocían, sin embargo, era que la mente detrás de sus órdenes era el mismísimo Minhaz Gir, el Elfo Oscuro que aterrorizaría a generaciones de humanos en la Guerra del Poder. Y en aquel punto entraba el propio Eriam en escena. Su visita al Gran Torreón —hecho que lo había salvado de la matanza en Anthelus— había forjado un vínculo entre la Estrella y los magos; vínculo que Dimirius se había encargado de fomentar, aduciendo la necesidad de colaborar para arrancar a Drael de las garras de los elfos. Nada de esto había mencionado a sus compañeros. Las cartas le llegaban por un intermediario, el cual se hacía pasar por traficante, y las destruía no bien leerlas. Todavía no se fiaba del tal Dukail. Tampoco se fiaba de los caballeros, cierto. De ahí que no les

mencionara de momento la existencia de Minhaz Gir o la manipulación que este ejercía sobre su marioneta. Primero pretendía informarse.

Pero las cartas habían dejado de llegar, lo que lo tenía inquieto. Y todavía estaba la otra cuestión.

Elevó la vista hacia el acantilado que proyectaba su sombra sobre el Puerto de Fallatas. *¿Qué hacer con Ghalas Mildir?* Siguiendo el lento transcurrir del astro en el cielo, oteando las olas romper contra la bahía y hacerse espuma, la pregunta volvió a formularse. Las imágenes de la tierra resquebrajándose para engullir al demonio y decantar la victoria para los humanos todavía le estremecían. «Un Eclipsado», había dicho Rastashinov. Pero las piezas no encajaban. Ghalas era obtuso, fastidioso; solía quejarse de sus escasos progresos ante todo aquel que tuviese tiempo de escucharle. No disponía de la paciencia, la constancia, la determinación que caracterizaban a un hombre capaz de domesticar arte tan complejo. Hasta el mismo Jeenas Morgan había trabajado hasta su vejez para lograr resultados. En cambio Mildir, de la noche a la mañana, había sido capaz de opacar al mismísimo Urdamhán.

Se sentó en una banqueta de madera podrida y contempló los muelles que tenía enfrente. El olor a brea y sal le llegaba intenso. Se detuvo en el trajín de los pescadores, que arribaban con sus barcas llenas de peces, ataban los cabos ayudados por pértigas y se gritaban órdenes unos a otros. El lekhim era la clave. A su entrenada percepción, esto resultaba evidente. No obstante, no había modo de acercarse a él en privado. Solo Ghalas gozaba de ese privilegio. Por lo tanto solo contaba con su ingenio para desentrañar el misterio. Y pronto. Pues advertía que tanto la elfa, como el wirense, el hombre de Farelles, el de Tanhall, e incluso los simerios y el hadhirim, eran piezas desechables en el tablero de los dioses.

Un brillo intermitente en el risco le obligó a cubrirse los ojos. Había novedades. Los simerios utilizaban ese sistema para reclutarse en lo alto.

Ank'adur los condujo en silencio hasta el claro donde viera por primera vez al místico ser. Las llamas de las antorchas se agitaban con las corrientes de aire. Parecía que el frío se burlara de sus abrigos de piel. Era tanta la agitación, que le costó descubrir al anciano hasta que casi lo tuvo enfrente.

Búrnadin era el más ansioso. Jendalos —el arquero— y Taril parecían más bien curiosos. Se fijó en la criatura llamada Iro-hyan, un ser de las tierras de Xheldas, completamente inestable. No hablaba con regularidad, y cuando lo hacía, deseaba que no volviera a intentarlo. Ninguna emoción se dibujaba en su rostro, como era costumbre. Junto a él estaba la elfa Núdelon, Naoveth. De todos los allí presentes, era la más difícil de interpretar. Apática a primera vista, subyacía en su mirada cierto interés que podía resultar preocupante. Cerrando el grupo, estaba aquel en quien había estado pensando. *¿Qué pasa por tu cabeza, Mildir?*

—Espero que podáis perdonarme lo súbito de esta reunión —les atrajo el lekhim a un círculo—. Pero los giros que los acontecimientos van tomando me preocupan, y me obligan a improvisar —mantuvo un breve contacto visual con cada uno, asegurándose del compromiso de todos. Más bien era como si retrasara las palabras adrede, incómodo ante la tarea que se traía entre manos.

—**Q**uizás no haya sido lo suficientemente honesto al exponeros el conflicto que atravesamos —reconoció, prendiendo a su alrededor la chispa del interés. El anciano inspiró con resignación—. Me veo en la necesidad de volver a explicaros lo que ilustré el día de nuestro primer encuentro, aunque con algunos aspectos que pasé por alto —La desconfianza trepó a algunos rostros—. Tal como les dije, en otros tiempos *Jedavel* fue la cuña que se oponía a que las fuerzas en pugna de Nubilum se masacraran unas a otras. Gracias a sus agentes, el equilibrio pudo mantenerse por espacio de 5.000 años, y el mundo pudo subsistir medianamente. Pero, al parecer, Minhaz Gir ha hallado el modo de desbaratar su poder. Lo que implica que las reglas han cambiado.

»Una de las cosas que callé fue que el propio equilibrio se vio en la necesidad de compensar el cisma. Las Sélibes enloquecidas aullaron a los drakhims y alzaron un arma para contrarrestar al Oscuro: Durz Amon —Naoveth soltó un juramento. Los otros se mostraron indignados—. Espero entendáis que si os revelaba esto aquel día, ninguno de vosotros se hubiese unido a nuestra causa. Los conocimientos del equilibrio son profundos y difíciles de entender por criaturas que viven solamente un puñado de años.

—¿Debemos creer que ahora pretendéis destruirlo, luego que decidisteis engendrarlo? —masculló Eriam.

—Su poder supera el de cualquiera de sus hermanos —hizo caso omiso el lekhim—. Lo que implica que una batalla entre el elfo y el demonio tendría un final incierto. Es esto —puntualizó— lo que se proponían los dárdamas con sus últimas fuerzas. Una solución transitoria para ganar tiempo; un modo de volver a representar la batalla entre Neferkyav y Nobak en igualdad de condiciones.

La elfa pareció reconsiderarlo.

—Expuesto así, mi obligación sería sumarme al bando de mi creador. El arcángel esbozó una mueca despreciativa.

—Los elfos que ganarían la batalla no son los que llamas hermanos. No hace falta recordar que cuando el primer Núdelon asomó su nariz al mundo causó amarga impresión entre los Valorian. Lo sabes bien. Tu raza lleva a costas, tres milenios más tarde, el estigma de ese desprecio. Y, exceptuando esto, por más que la leyenda diga que A'lmi creó a los Altos Elfos con el fin de embellecer Nubilum, quienes estamos en contacto con las raíces de la tierra fuimos testigo del propósito que primó tras su creación: hallar y destruir al mal que atormentaba a los dios.

Los presentes tragaron saliva. Si Naoveth se sintió ultrajada por el comentario, no lo demostró. Eriam tomó nota mental.

—Por lo tanto —retomó aquel—, una victoria de los Valorian o, como ya es innecesario negarlo, una victoria de Minhaz Gir, no es mejor o peor que una victoria de Durz Amon.

—Pero, ¿y qué hacen los dárdamas? —consultó Taril, preocupado en lo esencial—. Si se trató aquella de una solución para ganar tiempo, deben tener algún plan a largo plazo, ¿no es así?

Ghalas Mildir se cerró la túnica sobre el pecho, como si de pronto el frío aumentara.

—No esta vez —el tono trémulo del arcángel descolocó al resto.

El ser se mordió el labio, como si no se atreviera a dar ese paso que su determinación exigía. Los macizos que se interponían con el resto del mundo reclamaron su atención, así como aquella madrugada lo había hecho el Extremo Helado. Allá, al otro lado, la guerra se desataba sin cuartel. Las horrendas espadas orcas descuartizaban la vida a su paso, como una marea de ponzoña. El mundo no esperaba.

—Hube de meditar concienzudamente antes de decidirme a contáros esto. A fin de cuentas... —dijo más para sí mismo—, ¿qué diferencia

hay a esta altura en que lo sepáis o no? Lo cierto es que Minhaz Gir destruyó a los Dárdamas.

Por primera vez Eriam fue incapaz de medir las reacciones de los otros. Se había puesto rígido, tan frío como un témpano de hielo. Las ideas colisionaron en su cabeza cual si fuesen azotadas por un temblor. Si El Oscuro, un ser mortal, podía vencer a los Regentes Eternos... ¿Qué resistencia podía oponérsele? Oyó un gemido y, cuando indagó su origen, comprobó que hasta la Núdelon estaba demudada.

—La única razón por la cual Minhaz Gir no ha podido imponerse todavía —rompió el pasmo Dukail— reside en su debilidad. El acceso a las Moradas Dardas se cobró un alto precio. Por tanto su ser se halla desgarrado; y, si aún en una pieza, es gracias a la inestimable ayuda de Azkhagot.

—¿El Dragón Negro? —pestañeó Naoveth, volviendo en sí—. Tenía entendido que aquella lo des... —Los recientes descubrimientos la obligaron a corregirse—. Intentó destruirlo.

—Ni mucho menos —renegó el arcángel—. El Ama del Este le procuró la cárcel seleria que lo mantuvo con vida. Ciertamente, el suceso conocido como Guerra del Poder no fue más que su andar a la deriva, sin control, azotado por un poder que resquebrajaba sus venas y devastaba cuanto le rodeaba. De no ser por Azkhagot se habría desintegrado. Pero la cárcel seleria le salvó la vida. Y aún lo protege. Cada día que pasa, El Oscuro recupera fuerzas. Mantengo la teoría de que es ese el motivo de que no se haya dado a conocer aún. Pero en cuanto recupere por completo su poder... —Ghalas Mildir rebulló. La impaciencia que lo caracterizaba brillaba por su ausencia. Era como si la brisa marina hubiese erosionado su entusiasmo durante las últimas semanas. Dukail no les dio tiempo a digerirlo. Tomó un mapa de sus bolsillos y lo aventó en el aire.

—Voy a ser sincero con vosotros. El camino que os aguarda no es alentador.

—¿Alentador? —tembló la voz de Jendalos, al tiempo que retrocedía un paso. Se volvió hacia los otros—. ¿Habéis oído lo que ha dicho? ¡Minhaz Gir ha derrotado a los dárdamas! ¡Estamos perdidos! —su zozobra hizo eco en el entorno; incluso entre algunos simerios—. Ya no hay nada que podamos hacer. ¡Hemos de huir!

Taril quería sumarse a su objeción, pero sorpresivamente no halló aliados potables. Sea por la lealtad del simerio, la determinación del hadhirim o la resignación de Mildir, del lado del arcángel no hubo deserciones. El entusiasmo sempiterno de Búrnadin también cuadraba con lo esperado. Lo curioso era que la misma Núdelon se mostrara partidaria, pese a su palpable inquietud. El único que le aportó alguna afinidad fue el nuevo mago, Eriam. Pero su temor era medido, como su personalidad.

El arcángel pareció tranquilizarse con el resultado. Preguntó al farlense.

—¿Huir a dónde? Si Minhaz Gir se recupera no habrá una porción en todo Nubilum donde podáis esconderos. ¿Qué otra cosa os queda, más que resistir?

El arquero movía la cabeza en todas direcciones, buscando el respaldo que Taril ya había resignado. Finalmente, posó su atención en el mapa que colgaba de los dedos del lekhim.

—Adonde sea que piensas enviarnos, estaremos más desprotegidos que aquí. Cuantos más seamos...

—¡Bastará un soplo del Oscuro para convertir vuestras almas en polvo! —explotó Dukail.

El grupo volvió a resentirse. Era como colgar de un abismo, cercados a la vez por un fuego infernal. No había escapatoria visible. Jendalos abrió y cerró la boca, pálido.

Anticipándose a cualquier réplica, el lekhim les enseñó el mapa. Su dedo cuarteado recorrió una cadena montañosa que se desplegaba más allá de las Dunas de los Embajadores, extendiéndose casi la misma longitud que Andurien. En uno de sus numerosos picos, estaba escrita una leyenda: «Altar de los Lamentos». Pero los jóvenes solo se entretuvieron ligeramente en ese detalle, ya que en el pico más alto se garabateaba la figura inconfundible de un dragón.

—¿Cruzar el Límite? —desfalleció Taril, intentando desentenderse de aquel pequeño dibujo en la cima de las montañas.

—¿Y qué podríamos hacer aquí? —respondió el arcángel, como si se cuestionara él mismo tamaña decisión—. Andurien está bajo influencia de la Orden Alka'hadri. Nuestras chances se limitan ahora a neutralizar al Oscuro. Y para ello necesitamos de más ayuda de la que os puedo brindar.